

¿Una vida sin muerte?

In Time (Andrew Niccol, 2011)

Peter Singer, filósofo de la Universidad de Princeton y reconocido impulsor de la bioética, se ha interesado en las investigaciones científicas dedicadas a prevenir el envejecimiento humano, reflexionando éticamente sobre ellas. Nuestra lectura del film *In Time* (Andrew Niccol, 2011), permite una interlocución crítica con algunas de sus posiciones, a la vez que introduce un método de investigación en bioética narrativa que integra una investigación más amplia en el marco del Programa de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires.

Singer reconoce que sus ideas han sido influenciadas por Aubrey de Grey, el mayor defensor de la investigación que busca enlentecer el envejecimiento y que asegura que en los países desarrollados el 90% de las muertes se debe a causas relacionadas a la vejez, con lo cual la verdadera enemiga de la vida no sería el cáncer, la diabetes o las enfermedades coronarias. Singer lo expresa con estas palabras: “De Grey puede llegar a estar equivocado, pero si existe una leve posibilidad de que tenga razón, los grandes beneficios que traerán aparejadas las investigaciones destinadas a prevenir el envejecimiento harán que sea una mejor apuesta que la que se hace por otras áreas de la medicina, que se encuentran mucho mejor sustentadas.”

Propone entonces lo que entiende como cuestión ética central: si la población puede llegar a vivir cientos de años: “¿es preferible tener menor cantidad de personas viviendo más tiempo, o mayor cantidad de personas viviendo menos tiempo?”

Lo que el cine nos enseña

In time imagina un futuro en el que los seres humanos son diseñados genéticamente para que a la edad de 25 años se detenga el envejecimiento celular. Pero a partir de ese día el tiempo que queda de vida es de sólo 1 año. A menos que se pueda ganar – literalmente- más tiempo. Todos nacen con un reloj en el brazo que marca el tiempo de vida que le resta a cada uno, segundo a segundo. Cuando el cronómetro llega a cero, cesa la vida del sujeto que lo porta. El tiempo de vida puede ganarse a cambio de trabajo como forma de pago, y gastarse en necesidades básicas o en lujos. Como

también puede donarse o robarse. Vivir indefinidamente se vuelve posible, siempre que se obtenga más tiempo por los medios que sean. Como resultado de esta organización económica, hay quienes logran acumular miles de años, y quienes desesperan por ganar unos minutos más o morir. Se trata de una sociedad que distribuye inequitativamente el tiempo de vida entre los que mueren por quedarse sin tiempo, y los que viven para siempre.

Pero además, este diseño genético ha fijado a toda la humanidad en una misma edad de 25 años, con lo cual se vuelve imposible determinar la edad cronológica de nadie por su aspecto físico. Se trata de un mundo de jóvenes eternos. Eternos aunque mueran, dado que la vejez, la decrepitud, las marcas del paso del tiempo en el cuerpo han desaparecido. Sólo hay un cronómetro en el brazo que recuerda con cuanto tiempo se cuenta. La muerte deja así de ser una incertidumbre, para ser calculada al segundo por un aparato que mide el tiempo de descuento.

En la pintura de Pieter Brueghel *El triunfo de la muerte* (1562, Museo del Prado, Madrid), la muerte no hace diferencias entre ricos o pobres. El célebre óleo muestra un terrible apocalipsis en el que un ejército de esqueletos siega la vida de pordioseros, campesinos, burgueses, papas y reyes por igual.ⁱ



Si la muerte es un límite biológico absoluto (y una de las figuras de la castración: para todos los hombres, vida y sexualidad no son sin la muerte como pérdida del ser), *In time* propone un mundo en el que el cuadro de Brueghel deja de tener sentido. La muerte pasa de necesaria y universal, a contingente y particular, dependiendo su llegada de los actos humanos mismos. Es en función de lo que un sujeto haga para ganar tiempo, que podrá proseguir viviendo o no. Curiosa inversión: si antes un sujeto es responsable por su vida, ahora sería plenamente responsable por su muerte.

La muerte pasa de necesaria a contingente. Pero más correcto sería decir: de necesaria para muchos, para que sea contingente para pocos. Así la humanidad se divide entre los que luchan por más tiempo de vida, y los prácticamente inmortales.ⁱⁱ

Finitud

Es posible distinguir en *In time* dos líneas argumentales que se entrecruzan: por un lado, la línea político-ideológica con su crítica al capitalismo, y por el otro la ético-filosófica, que propone pensar las consecuencias para la existencia humana de quitarle la muerte a la vida. ¿Es deseable la inmortalidad? ¿Qué consecuencias subjetivas produce el saberse inmortal?

El hastío de vivir eternamente es encarnado en el film por Hamilton, un hombre que ha vivido 105 años pero que no quiere seguir viviendo y dona un siglo a Will, antes de suicidarse. Dice: “*Pero llega el día en que te hartas. Tu mente se gasta aunque tu cuerpo no lo haga. Queremos morir. Lo necesitamos*”. En un mundo en que el progresivo deterioro del cuerpo como fuente de cansancio de la vida ha sido eliminado, se trataría de un hastío de otro tipo. En una vida inmortal, ¿seguiría siendo la pulsión un empuje constante, y el deseo condición absoluta?

Tener una eternidad por delante no garantiza que se viva. Al volverse la muerte controlable y contingente, los inmortales no se arriesgan a nada por temor a morir. Se vuelven así esclavos de su propia inmortalidad. Mientras tanto, los que tienen siempre amenazada la vida por contar con tiempo escaso son los que viven intensamente, pero sólo para ganar un poco más de tiempo, volviendo la vida vana. Se trata de un sistema en donde en verdad nadie vive.

La inmortalidad que imagina el film tiene así un doble precio: la muerte de otros y la falta de riesgo a vivir, la pérdida de la administración económica del tiempo de vida. No sólo no hay más inevitabilidad de la muerte, sino además una juventud permanente. Se pierde así el horizonte temporal, la flecha de tiempo desde donde se administra el tiempo vital: si uno permanece idéntico a sí mismo a partir de los 25 años ¿para qué proyectar algo? ¿Cómo sostener el deseo de lo que sea? Como dice Will irónicamente en determinado momento: “*¿Por qué hacer hoy lo que puedes hacer en un siglo?*”

En *Nuestra actitud ante la muerte*, Freud decía: “*La vida se empobrece, pierde interés, cuando la máxima apuesta en el juego de la vida, que es la vida misma, no puede arriesgarse. Se vuelve tan insípida e insustancial como un flirt norteamericano, en que de antemano se ha establecido que nada puede suceder (...)*

*Nuestros vínculos afectivos, la insoportable intensidad de nuestro duelo, hacen que nos abstengamos de buscar peligros para nosotros y para los nuestros. No osamos considerar cierto número de empresas que son peligrosas pero en verdad indispensable”. Y citaba la divisa de la Hansa: “Navegar es necesario, vivir no lo es”.*ⁱⁱⁱ

Hay una pérdida del límite de tiempo vital que vuelve la vida irreal, en un permanente presente en el que se nivelan las generaciones a nivel de la imagen: imposible saber si alguien es joven o viejo, porque todos tienen aspecto juvenil. Imposible identificar la cadena generacional a nivel de la imagen, que permitía ubicar el orden cronológico de filiaciones y sucesiones en la cadena generacional. En una juventud permanente ya no se puede reconocer la diferencia de edad entre padres, hijos y abuelos.

In time propone una reflexión ética en torno de las implicancias de una vida sin muerte. La inmortalidad no es algo deseable, porque al quitarle al hombre la muerte, se le quita a la vida su motivo principal: que al no ser eterna se debe hacer algo con ella. Sin ese límite, la vida misma pierde sentido. La inmortalidad es en el fondo un anhelo yoico, narcisista, y termina produciendo una sociedad egoísta, donde el yo pugna por sobrevivir a costa de los otros. Contra ese particularismo mortífero, se debe rechazar la inmortalidad, si una sola persona debe morir para alcanzarla. Pero incluso suponiendo que no tuviese ese costo, resta aún la pregunta de si al perderse la muerte, no se pierde también, paradójicamente, la vida.

Juan Jorge Michel Fariña y Eduardo Laso
Universidad de Buenos Aires

ⁱ La obra de Brueghel está inspirada en la "Danza de la Muerte" castellana, que data de principios del siglo XV y se conserva en un manuscrito de la Biblioteca de El Escorial. Consta de más de seiscientos versos y en ella la Muerte va llamando a bailar a diversos personajes, como el Papa, el Obispo, el Emperador, el Sacristán, el Labrador, etc., al tiempo que les recuerda que los goces mundanos tienen su fin y que todos han de morir.

ⁱⁱ Que la solución del film sea que una pareja formada por un representante de cada sector (Will y Sylvia) salga a robar tiempo a los crono-bancos para repartir entre los pobres, revela el alcance estrecho de la mirada política del film. La solución ¿sería una “inmortalidad para todos”?

ⁱⁱⁱ Freud, S.; “Nuestra actitud ante la muerte”, en *De guerra y muerte. Temas de actualidad* (1915), Obras Completas, Amorrortu, Buenos Aires, 1979, Tomo XIV, pág. 291.